



Edgar Allan Poe
La Caja Oblonga



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA CAJA OBLONGA

EDGAR ALLAN POE

**PUBLICADO: 1844
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

Hace algunos años, contraté un pasaje desde Charleston, S. C., a la ciudad de Nueva York, en el excelente barco "Independence", del capitán Hardy. Debíamos zarpar el 15 de junio, si el tiempo lo permitía, y el día 14 subí a bordo para arreglar algunos asuntos en mi camarote.

Descubrí que íbamos a tener un gran número de pasajeros, incluyendo un número de damas mayor que el habitual. En la lista había varios conocidos míos, y entre otros nombres, me alegró ver el del señor Cornelius Wyatt, un joven artista, por el que sentía una gran amistad. Había sido mi compañero de estudios en la Universidad de C..., donde estuvimos muy unidos. Tenía el temperamento ordinario del genio, y era un compuesto de misantropía, sensibilidad y entusiasmo. A estas cualidades unía el corazón más cálido y verdadero que jamás haya latido en un pecho humano.

Observé que su nombre estaba inscrito en TRES habitaciones; y, al consultar de nuevo la lista de pasajeros, descubrí que había contratado pasaje para él, su esposa y sus dos hermanas. Las habitaciones eran suficientemente amplias y cada una tenía dos literas, una encima de la otra. Estas literas, sin duda, eran tan sumamente estrechas que resultaban insuficientes para más de una persona; aun así, no podía comprender por qué había TRES camarotes para estas cuatro personas. Justo en ese momento, me encontraba en uno de esos estados de ánimo que hacen que un hombre sea anormalmente inquisitivo con respecto a las nimiedades, y confieso, con vergüenza, que me ocupé de una variedad de conjeturas malintencionadas y absurdas sobre este asunto del camarote supernumerario. No era asunto mío, desde luego, pero con no menos pertinacia me ocupé de intentar resolver el enigma. Por fin llegué a una conclusión que me hizo preguntarme por qué no había llegado a ella antes. "Es un sirviente desde luego", dije; "¡qué tonto soy, por no haber pensado antes en una solución tan obvia!". Y entonces volví a la lista, pero aquí vi claramente que NINGÚN sirviente iba a venir con el grupo, aunque, de hecho, el diseño original había sido traer uno, ya que las palabras "y sirviente" habían sido escritas primero y luego sobreescritas. "Oh, equipaje extra, sin duda", me dije ahora, "algo que desea que no se ponga en la bodega, algo que se guarde bajo su propia mirada, ah, lo tengo, un cuadro o algo así, y esto es lo que ha estado negociando con Nicolino, el judío italiano". Esta idea me dejó satisfecho, y deseché mi curiosidad por el momento.

Conocía muy bien a las dos hermanas de Wyatt, que eran muy amables e inteligentes. Su esposa acababa de casarse, y yo no la había visto nunca. Sin embargo, él había hablado a menudo de ella en mi presencia, y con su habitual estilo de entusiasmo. La describió como de una belleza, un ingenio y una destreza extraordinarios. Por lo tanto, estaba muy ansioso por conocerla.

El día en que visité el barco (el decimocuarto), Wyatt y su grupo también iban a visitarlo -así me lo comunicó el capitán- y esperé a bordo una hora más de lo previsto, con la esperanza de que me presentaran a la esposa, pero entonces llegó una disculpa. "La señora W. estaba un poco indispuesta, y declinaría subir a bordo hasta mañana, a la hora de zarpar".

Llegado el día siguiente, me dirigía desde mi hotel al muelle, cuando el capitán Hardy se reunió conmigo y me dijo que, "debido a las circunstancias" (una frase estúpida pero conveniente), "creía que el 'Independence' no zarparía hasta dentro de uno o dos días, y que cuando todo estuviera listo, subiría a avisarme". Esto me pareció extraño, pues había una fuerte brisa del sur; pero como "las circunstancias" no se daban, aunque las pedí con mucha perseverancia, no tuve más remedio que volver a casa y digerir mi impaciencia con tranquilidad.

No recibí el esperado mensaje del capitán durante casi una semana. Sin embargo, al final llegó y subí inmediatamente a bordo. El barco estaba repleto de pasajeros, y todo estaba en el ajetreo que supone hacerse a la mar. El grupo de Wyatt llegó unos diez minutos después que yo. Estaban las dos hermanas, la novia y el artista, este último en uno de sus habituales ataques de misantropía. Sin embargo, yo estaba demasiado acostumbrado a ellos como para prestarles especial atención. Ni siquiera me presentó a su esposa; esta cortesía recayó, por fuerza, en su hermana Marian, una muchacha muy dulce e inteligente que, con unas cuantas palabras apresuradas, nos dio a conocer.

La señora Wyatt había estado muy cubierta por un velo, y cuando se levantó el velo al recibir mi saludo, confieso que me quedé muy sorprendido. Sin embargo, habría estado mucho más asombrado si la larga experiencia no me hubiera aconsejado no confiar demasiado en las entusiastas descripciones de mi amigo, el artista, cuando se permitía hacer comentarios sobre

la belleza de la mujer. Cuando el tema era la belleza, yo sabía muy bien con qué facilidad se adentraba en las regiones de lo puramente ideal.

La verdad es que no podía evitar considerar a la señora Wyatt como una mujer de aspecto decididamente sencillo. Si no era verdaderamente fea, creo que no estaba muy lejos de serlo. Sin embargo, iba vestida con un gusto exquisito, y no me cabía duda de que había cautivado el corazón de mi amigo por las gracias más perdurables del intelecto y del alma. Dijo muy pocas palabras, y pasó enseguida a su salón con el señor W.

Mi antigua curiosidad regresó ahora. No había ningún sirviente... eso estaba claro. Por lo tanto, busqué el equipaje extra. Después de algún retraso, llegó al muelle un carro con una caja de pino alargada, que era todo lo que se esperaba. Inmediatamente después de su llegada nos hicimos a la mar, y en poco tiempo estábamos a salvo sobre la borda y en alta mar.

La caja en cuestión era, como he dicho, oblonga. Tenía unos seis pies de largo por dos y medio de ancho; la observé atentamente, y me gusta ser preciso. Ahora bien, esta forma era PECULIAR; y apenas la vi, me atribuí el mérito de la exactitud de mis conjeturas. Había llegado a la conclusión, como se recordará, de que el equipaje extra de mi amigo, el artista, resultaría ser cuadros, o por lo menos un cuadro; pues sabía que había estado durante varias semanas en conferencia con Nicolino; y ahora había una caja que, por su forma, no podía contener otra cosa en el mundo que una copia de la "Última Cena" de Leonardo; y una copia de esta misma "Última Cena", hecha por Rubini el joven, en Florencia, sabía, desde hacía algún tiempo, que estaba en posesión de Nicolino. Por lo tanto, consideré que este punto estaba suficientemente resuelto. Me reí excesivamente al pensar en mi perspicacia. Era la primera vez que sabía que Wyatt me ocultaba alguno de sus secretos artísticos; pero aquí, evidentemente, tenía la intención de robarme una marcha y pasar de contrabando un buen cuadro a Nueva York, delante de mis propias narices, esperando que yo no supiera nada del asunto. Decidí interrogarle bien, ahora y en lo sucesivo.

Sin embargo, una cosa me molestó no poco. La caja NO entró en el camarote extra. Fue depositada en el de Wyatt; y allí también permaneció, ocupando casi todo el suelo -sin duda para gran incomodidad del artista y su esposa-, sobre todo porque el alquitrán o la pintura con la que estaba escrita en mayúsculas desparramadas emitía un olor fuerte, desagradable y, a mi

entender, peculiarmente repugnante. En la tapa estaban pintadas las palabras: "Sra. Adelaide Curtis, Albany, Nueva York. A cargo de Cornelius Wyatt, Esq. Este lado hacia arriba. Manipular con cuidado".

Sabía que la Sra. Adelaide Curtis, de Albany, era la madre de la esposa del artista, pero entonces consideré toda la dirección como una mistificación, destinada especialmente a mí. Por supuesto, decidí que la caja y su contenido nunca llegarían más al norte que el estudio de mi amigo misántropo, en Chambers Street, Nueva York.

Durante los tres o cuatro primeros días tuvimos buen tiempo, aunque el viento era de proa, ya que se había desviado hacia el norte en cuanto perdimos de vista la costa. En consecuencia, los pasajeros estaban de buen humor y dispuestos a socializar. Sin embargo, yo debo exceptuar a Wyatt y a sus hermanas, que se comportaron con una actitud rígida y, no pude evitar pensar, poco cortés con el resto del grupo. La conducta de Wyatt no me gustó tanto. Estaba sombrío, incluso más allá de su costumbre habitual -de hecho, era depresivo por naturaleza-, pero en él yo estaba preparado para la excentricidad. Para las hermanas, sin embargo, no podía poner ninguna excusa. Se recluyeron en sus camarotes durante la mayor parte del pasaje, y se negaron rotundamente, a pesar de que yo las insté repetidamente, a mantener comunicación con cualquier persona a bordo.

La propia señora Wyatt era mucho más agradable. Es decir, era CHARLATANA; y ser charlatana no es una recomendación menor en el mar. Se hizo EXCESIVAMENTE íntima con la mayoría de las damas y, para mi profundo asombro, no mostró ninguna disposición equívoca a coquetear con los hombres. Nos divertía mucho a todos. Digo "divertido" y apenas sé cómo explicarme. La verdad es que pronto me di cuenta de que la señora W. se reía mucho más que de ella. Los caballeros hablaban poco de ella; pero las damas, al poco tiempo, la declaraban "una persona de buen corazón, de aspecto más bien indiferente, totalmente inculta y decididamente vulgar". La gran maravilla era cómo Wyatt se había visto envuelto en semejante matrimonio. La riqueza era la solución general, pero yo sabía que esto no era una solución en absoluto, porque Wyatt me había dicho que ella no le traía un dólar ni tenía expectativas de ninguna fuente. "Se había casado", dijo, "por amor, y sólo por amor; y su novia era mucho más que digna de su amor". Al pensar en estas expresiones, por parte de mi amigo, confieso que me sentí indescriptiblemente desconcertado. ¿Sería posible que se estuviera

despidiendo de sus sentidos? ¿Qué otra cosa podía pensar? Él, tan refinado, tan intelectual, tan exigente, con una percepción tan exquisita de lo defectuoso y una apreciación tan aguda de lo bello. Sin duda, la dama parecía especialmente aficionada a ÉL -sobre todo en su ausencia- cuando se ponía en ridículo con frecuentes citas de lo que había dicho su "amado esposo, el señor Wyatt". La palabra "marido" parecía estar siempre -para usar una de sus delicadas expresiones- en la punta de la lengua." Mientras tanto, todos los que estaban a bordo observaron que él evitaba a ELLA de la manera más señalada y que, en su mayor parte, se encerraba solo en su habitación, donde, de hecho, se podría haber dicho que vivía por completo, dejando a su esposa en plena libertad para divertirse como mejor le pareciera, en la sociedad pública del camarote principal.

Mi conclusión, a partir de lo que vi y oí, fue que el artista, por algún inexplicable capricho del destino, o tal vez en un arrebato de pasión entusiasta y fantasiosa, se había visto inducido a unirse con una persona totalmente inferior a él, y que el resultado natural, un completo y rápido disgusto, se había producido. Me compadecí de él desde el fondo de mi corazón, pero no pude perdonar por ello su incomunicación en el asunto de la "Última Cena". Por eso decidí vengarme.

Un día llegó a cubierta y, tomándole del brazo, como era mi costumbre, me paseé con él hacia delante y hacia atrás. Sin embargo, su melancolía (que yo consideraba muy natural dadas las circunstancias) parecía no disminuir. Hablaba poco, y lo hacía con mal humor y con evidente esfuerzo. Me aventuré a hacer una o dos bromas, y él hizo un intento enfermizo de sonreír. Pobre hombre, mientras pensaba en su esposa, me sorprendía que tuviera el valor de aparentar una sonrisa. Por fin me aventuré a dar un golpe de efecto. Decidí comenzar una serie de insinuaciones o insinuaciones encubiertas acerca de la caja oblonga, sólo para que percibiera, gradualmente, que yo no era del todo el blanco o la víctima de su pequeña y agradable mistificación. Mi primera observación fue a modo de apertura de una batería enmascarada. Dije algo sobre la "forma peculiar de ESA caja", y, mientras pronunciaba las palabras, sonreí con conocimiento de causa, le guiñé un ojo y le toqué suavemente con el índice en las costillas.

La manera en que Wyatt recibió esta inofensiva cortesía me convenció, de inmediato, de que estaba loco. Al principio me miró fijamente, como si le resultara imposible comprender la ocurrencia de mi comentario; pero a

medida que este punto parecía abrirse paso lentamente en su cerebro, sus ojos, en la misma proporción, parecían salirse de sus órbitas. Entonces se puso muy rojo, luego horriblemente pálido, y luego, como si se divirtiera mucho con lo que yo había insinuado, comenzó una risa fuerte y bulliciosa, que, para mi asombro, mantuvo, con un vigor gradualmente creciente, durante diez minutos o más. Al final, cayó de bruces sobre la cubierta. Cuando corrí a levantarlo, todo parecía indicar que estaba MUERTO.

Pedí ayuda y, con mucha dificultad, le hicimos volver en sí. Al revivir, habló incoherentemente durante algún tiempo. Al final lo sangramos y lo acostamos. A la mañana siguiente estaba bastante recuperado, en lo que respecta a su salud corporal. De su mente no digo nada, por supuesto. Lo evité durante el resto de la travesía, por consejo del capitán, que parecía coincidir totalmente conmigo en mi opinión sobre su locura, pero me advirtió que no dijera nada al respecto a ninguna persona a bordo.

Inmediatamente después de este ataque de Wyatt se produjeron varias circunstancias que contribuyeron a aumentar la curiosidad que ya me invadía. Entre otras cosas, esto: Había estado nervioso, había bebido demasiado té verde fuerte y había dormido mal por la noche; de hecho, durante dos noches no se pudo decir que durmiera del todo. Ahora bien, mi habitación se abría al camarote principal o al comedor, al igual que las de todos los hombres solteros a bordo. Las tres habitaciones de Wyatt estaban en el camarote de popa, que estaba separado del principal por una ligera puerta corrediza, que nunca se cerraba con llave ni siquiera de noche. Como íbamos casi constantemente con viento, y la brisa no era poco fuerte, el barco escoraba a sotavento muy considerablemente; y siempre que su costado de estribor estaba a sotavento, la puerta corrediza entre los camarotes se abría, y así permanecía, sin que nadie se tomara la molestia de levantarse y cerrarla. Pero mi camarote estaba en una posición tal, que cuando la puerta de mi propio camarote estaba abierta, así como la puerta corrediza en cuestión (y mi propia puerta estaba SIEMPRE abierta a causa del calor), podía ver con bastante claridad el camarote de popa, y justo en esa parte de él, también, donde estaban situadas las habitaciones del señor Wyatt. Pues bien, durante dos noches (NO consecutivas), mientras estaba despierto, vi claramente a la señora W., alrededor de las once de cada noche, salir cautelosamente de la habitación del señor W., y entrar en la habitación extra, donde permaneció hasta el amanecer, cuando fue llamada por su marido y regresó. Estaba cla-

ro que estaban prácticamente separados. Tenían apartamentos separados, sin duda en previsión de un divorcio definitivo; y aquí, después de todo, estaba el misterio del camarote extra.

Había también otra circunstancia que me interesaba mucho. Durante las dos noches de vigilia en cuestión, e inmediatamente después de la desaparición de la señora Wyatt en el camarote extra, me llamaron la atención ciertos singulares ruidos cautelosos y tenues en el de su marido. Después de escucharlos durante algún tiempo, con atención reflexiva, al final logré traducir perfectamente su significado. Eran sonidos provocados por el artista al abrir la caja oblonga, por medio de un cincel y un mazo; este último estaba aparentemente amortiguado, o silenciado, por alguna sustancia suave de lana o algodón en la que estaba envuelta su cabeza.

De este modo, creí poder distinguir el momento preciso en que desenganchó la tapa, y también pude determinar cuándo la retiró del todo y cuándo la depositó en la litera inferior de su habitación; este último punto lo supe, por ejemplo, por ciertos ligeros golpes que la tapa dio contra los bordes de madera de la litera, cuando se esforzó por depositarla con mucha suavidad, ya que no había espacio para ella en el suelo. Después de esto, hubo una quietud absoluta, y no oí nada más, en ninguna de las dos ocasiones, hasta casi el amanecer; a no ser, tal vez, que pueda mencionar un sollozo bajo, o un murmullo, tan suprimido que era casi inaudible, si es que, de hecho, todo este último ruido no fue producido por mi propia imaginación. Digo que parecía un sollozo o un suspiro, pero, por supuesto, no podía ser ninguna de las dos cosas. Más bien creo que era un zumbido en mis propios oídos. El señor Wyatt, sin duda, según la costumbre, no hacía más que dar rienda suelta a una de sus aficiones, entregándose a uno de sus arrebatos de entusiasmo artístico. Había abierto su caja oblonga para deleitar sus ojos con el tesoro pictórico que contenía. Sin embargo, no había nada en esto que le hiciera SENTIR. Repito, por lo tanto, que debe haber sido simplemente un capricho mío, destemplado por el té verde del buen capitán Hardy. Justo antes del amanecer, en cada una de las dos noches de las que hablo, oí claramente al señor Wyatt volver a colocar la tapa en la caja oblonga, y forzar los clavos en sus antiguos lugares por medio del mazo amortiguado. Una vez hecho esto, salió de su habitación, completamente vestido, y procedió a llamar a la señora W. desde la suya.

Llevábamos siete días en el mar y nos encontrábamos a la altura del cabo Hatteras, cuando nos llegó un golpe tremendamente fuerte del suroeste. Sin embargo, estábamos en cierta medida preparados para ello, ya que el tiempo había sido amenazante durante algún tiempo. Todo estaba preparado, tanto en la proa como en la popa, y a medida que el viento aumentaba, nos pusimos a navegar con la vela de popa y la de proa, ambas con doble escota.

Con esta configuración navegamos con suficiente seguridad durante cuarenta y ocho horas; el barco demostró ser un excelente barco de mar en muchos aspectos, y no hizo aguas de importancia. Sin embargo, al final de este período, el vendaval se convirtió en un huracán, y nuestra vela de popa se partió en tiras, lo que nos hizo caer en el agua de tal manera que hicimos varios mares prodigiosos, uno inmediatamente después del otro. Por este accidente perdimos tres hombres por la borda con el furgón de cola, y casi la totalidad de las amuradas de babor. Apenas recuperamos el sentido común, cuando el trampolín de proa se hizo pedazos, y levantamos una vela de temporal, con la que nos fue bastante bien durante algunas horas, ya que el barco se dirigía al mar con mucha más firmeza que antes.

Sin embargo, el vendaval continuaba y no veíamos señales de que fuera a amainar. La jarcia estaba mal ajustada y muy tensa, y al tercer día del golpe, hacia las cinco de la tarde, nuestro mástil de mesana, en un fuerte bandazo a barlovento, se fue por la borda. Durante una hora o más, intentamos en vano deshacernos de él, a causa del prodigioso balanceo del barco; y, antes de que lo hubiéramos conseguido, el carpintero vino a popa y anunció que había cuatro pies de agua en la bodega. Para añadir a nuestro dilema, encontramos las bombas atascadas y casi inútiles.

Todo era confusión y desesperación, pero se hizo un esfuerzo para aligerar el barco tirando por la borda toda la carga que se podía alcanzar, y cortando los dos mástiles que quedaban. Esto lo conseguimos por fin, pero seguíamos sin poder hacer nada con las bombas y, mientras tanto, la fuga se nos echaba encima muy rápidamente.

Al atardecer, el vendaval había disminuido sensiblemente su violencia, y como el mar bajaba con él, aún albergábamos débiles esperanzas de salvarnos en los botes. A las ocho de la tarde, las nubes se disiparon a barlovento, y tuvimos la ventaja de la luna llena, una buena noticia que sirvió para animar nuestro decaído espíritu.

Después de un trabajo increíble, logramos poner la lancha sobre la borda sin que se produjera ningún accidente, y en ella metimos a toda la tripulación y a la mayoría de los pasajeros. Este grupo partió de inmediato y, después de sufrir mucho, llegó finalmente, en condiciones de seguridad, a la ensenada de Ocracoke, el tercer día después del naufragio.

Catorce pasajeros, con el capitán, permanecieron a bordo, decidiendo confiar su suerte a la lancha de popa. La bajamos sin dificultad, aunque sólo por un milagro evitamos que se hundiera al tocar el agua. Cuando se puso a flote, contenía al capitán y su esposa, al Sr. Wyatt y su grupo, un oficial mexicano, su esposa, cuatro hijos y yo, con un criado negro.

No teníamos espacio, por supuesto, para nada más que para unos pocos instrumentos necesarios, algunas provisiones y la ropa que llevábamos puesta. Nadie había pensado siquiera en intentar ahorrar algo más. Cuál debió ser el asombro de todos cuando, después de alejarse unas pocas brazas del barco, el Sr. Wyatt se puso de pie en la escotilla de popa y exigió fríamente al capitán Hardy que el barco retrocediera para recoger su caja oblonga.

"Siéntese, Sr. Wyatt", respondió el capitán, con cierta severidad, "nos hará zozobrar si no se queda quieto. Nuestra borda está ya casi en el agua".

"¡La caja!", vociferó el Sr. Wyatt, todavía de pie, "¡la caja, digo! Capitán Hardy, no puede, no me negará. Su peso no será más que una minucia, no es nada, simplemente nada. Por la madre que le dio a luz -por el amor del cielo-, por su esperanza de salvación, le imploro que vuelva a por la caja".

El capitán, por un momento, pareció conmovido por la ferviente apelación del artista, pero recuperó su severa compostura, y se limitó a decir:

"Señor Wyatt, está usted loco. No puedo escucharle. Siéntese, le digo, o inundará el barco. Quédese, sujételo, está a punto de saltar por la borda. Ahí está, lo sabía, ¡se ha acabado!"

Mientras el capitán decía esto, el señor Wyatt saltó del bote y, como todavía estábamos a sotavento del naufragio, consiguió, con un esfuerzo casi sobrehumano, agarrarse a una cuerda que colgaba de las cadenas de proa. En un instante estuvo a bordo y bajó frenéticamente a la cabina.

Mientras tanto, habíamos sido arrastrados a la popa del barco, y al estar fuera de su alcance, estábamos a merced del tremendo mar que seguía co-

riendo. Hicimos un esfuerzo decidido por regresar, pero nuestro pequeño barco era como una pluma en el aliento de la tempestad. De un vistazo vimos que el destino del desafortunado artista estaba sellado.

A medida que nuestra distancia del naufragio aumentaba rápidamente, el loco (pues sólo como tal podíamos considerarlo) fue visto salir del pasillo de acompañamiento, por el que, a fuerza de una fuerza que parecía gigantesca, arrastró, con el cuerpo, la caja oblonga. Mientras mirábamos con extremo asombro, pasó, rápidamente, varias vueltas de una cuerda de tres pulgadas, primero alrededor de la caja y luego alrededor de su cuerpo. En otro instante, tanto el cuerpo como la caja estaban en el mar, desapareciendo repentinamente, de inmediato y para siempre.

Nos quedamos un rato tristes sobre nuestros remos, con los ojos clavados en el lugar. Al final nos alejamos. El silencio permaneció intacto durante una hora. Finalmente, me arriesgué a hacer un comentario.

"¿Observó usted, capitán, lo repentinamente que se hundieron? ¿No fue eso algo sumamente singular? Confieso que abrigué alguna débil esperanza de su liberación final, cuando lo vi atarse a la caja y lanzarse al mar".

"Se hundieron como algo natural", respondió el capitán, "y eso como un tiro. Sin embargo, pronto se levantarán, pero no hasta que la sal se derrita".

"¡La sal!" exclamé.

"¡Silencio!", dijo el capitán, señalando a la esposa y a las hermanas del difunto. "Debemos hablar de estas cosas en otro momento más apropiado".

Sufrimos mucho y escapamos por los pelos, pero la fortuna nos favoreció, al igual que a nuestros compañeros de la lancha. Desembarcamos, en fin, más muertos que vivos, después de cuatro días de intensa angustia, en la playa frente a la isla de Roanoke. Permanecimos aquí una semana, no fuimos maltratados por los navegantes, y finalmente obtuvimos un pasaje a Nueva York.

Aproximadamente un mes después de la pérdida del "Independence", me encontré con el capitán Hardy en Broadway. Nuestra conversación giró, naturalmente, en torno a la catástrofe, y especialmente al triste destino del pobre Wyatt. Me enteré de los siguientes detalles.

El artista había contratado pasaje para él, su esposa, dos hermanas y un sirviente. Su esposa era, en efecto, tal como se la había representado, una mujer encantadora y de gran talento. En la mañana del catorce de junio (el día en que visité por primera vez el barco), la dama enfermó repentinamente y murió. El joven marido estaba frenético de dolor, pero las circunstancias le impidieron imperativamente aplazar su viaje a Nueva York. Era necesario llevar a su madre el cadáver de su adorada esposa, y, por otra parte, era bien conocido el prejuicio universal que le impediría hacerlo abiertamente. Nueve décimas partes de los pasajeros habrían abandonado el barco antes que tomar el pasaje con un cadáver.

Ante este dilema, el capitán Hardy dispuso que el cadáver, parcialmente embalsamado y embalado, con una gran cantidad de sal, en una caja de dimensiones adecuadas, fuera transportado a bordo como mercancía. No había que decir nada sobre el fallecimiento de la dama y, como se sabía que el señor Wyatt había contratado pasaje para su esposa, era necesario que alguna persona la personificara durante el viaje. Se convenció fácilmente a la doncella de la difunta para que lo hiciera. La habitación extra, originalmente contratada para esta chica durante la vida de su señora, fue ahora simplemente conservada. En esta habitación la pseudo-esposa dormía, por supuesto, todas las noches. Durante el día hacía, lo mejor que podía, el papel de su ama, cuya persona, se había comprobado cuidadosamente, era desconocida para cualquiera de los pasajeros a bordo.

Mi propio error surgió, naturalmente, por un temperamento demasiado descuidado, demasiado inquisitivo y demasiado impulsivo. Pero últimamente, es raro que duerma profundamente por la noche. Hay un rostro que me persigue, gire lo que quiera. Hay una risa histérica que siempre sonará en mis oídos.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**